

Á

LVARO QUIJANO (1955-1994)

Rodolfo Bucio

Adiós a un poeta

Rodolfo Bucio estudió filosofía en la UNAM. Fue becario INBA-Fonapas (1982-83) y del Centro Mexicano de Escritores (1985-86) en narrativa. Ha publicado los libros de cuentos *Las últimas aventuras de Platón, Diógenes y Freud* (SEP, 1982) y *Escalera al cielo* (Cuadernos de Estraza, 1982), y el de prosa poética *Geoda* (UAM Xochimilco, 2000).

*No tengo ambiciones ni deseos.
Ser poeta no es una ambición mía.
Es mi manera de estar solo.*

Fernando Pessoa

Socio. Cuñado. Compadre.

Lo conocí en 1984, en la época de los interminables días perdidos. Junto a un grupo de amigos entrañables el Centro de la ciudad fue nuestro. Invertimos buena parte de nuestra vida en aquellas tardes y noches y dejamos la piel en esas viejas calles y sus alcantarillas.

A veces tuvimos que refugiarnos en el bar del hotel Majestic, sólo para admirar la Catedral ("Mira qué mujer", decía Mapes). O entramos a sórdidos "hoteles" para hombre solos —cuando buscábamos al otro Carlos—, que al recordarlos me dejan un sabor amargo.

Autor de un libro de poemas (*La lucha con el ángel*, SEP/CREA) y una novela (*El libro de Tristán*, Joaquín Mortiz),

más varios inéditos, Quijano era un fino poeta, sibarita, desmadroso, un neohipie —decían algunos—. Aparecía y desaparecía de manera intermitente, como sombra distante, solitario, siempre dispuesto a vivir el momento, a extraerle jugo a los instantes, a terminárselos de beber. Con una belleza —según algunas mujeres— extraña, voz grave, pasamos lentas tardes hablando de Tolstoi. Me regaló una biografía del conde, y en la dedicatoria escribió que esperaba que “nuestra admiración por este enorme viejo” nos mantuviera juntos.

Y así será, Quijano (reminiscencia de aquel célebre apellido, que bien pudo ser Quijada o Quejana). Ahora —para nuestra desgracia— tendrás todo el tiempo para planear tu estrategia y luchar en un combate, tan inútil como apasionante, con el ángel que llevas dentro.

Noviembre de 94

La lucha con el ángel

Bosquejo mítico del alma, guía entrópica de tu vida. La lucha signando el camino de innumerables hoteles y bares de buena muerte. Absorto oyendo las historias de *El Llanero Solitario*, de *El Sordo*, de Durán curando de almorranas a Raquel Welch. Y la risa. Tu risa partiendo plaza entre tantos bueyes.

Hasta pronto, Álvaro Quijano. Adiós, poeta. Guárdame un lugar confortable en el infierno.

Noviembre de 94

Un año sin Quijano

A Carlos Mapes

Si alguien me hubiera preguntado quién era Álvaro Quijano, sin duda hubiera respondido con las viejas palabras de Maiakovski: “Una nube en pantalones”.

Aunque, debo confesarlo, era eso y más. Un fantasma del que a veces tenía noticias lejanas, y a los pocos minutos lo

veía aparecer con su eterna sonrisa, sus ganas de platicar de todo, de tomar un buen café y fumarse la noche para expelerla en pocas bocanadas.

Un año. Un año en que ya no hay manera de combatir el frío del corazón.

Noviembre de 95



Quiénes Quijano

La noche del 7 de febrero de 1996 el escritor Carlos Mapes describió con exactitud al poeta Álvaro Quijano, su compadre, quien reunió a muchos de sus amigos —y a otros que ni siquiera lo conocieron— con sólo el embrujo de su nombre. No hay definición más exacta para ese viejo vikingo: “Ginecólogo autodidacta”.

Febrero de 96

Diez que parecencien

Hace diez años partió el primero de *Los uruguayos*. Colectivo desmadroso, inexistente, ubicuo, utópico. Con el pelo cuidadosamente despeinado, Álvaro Quijano pasó como una exhalación entre nosotros. Sentados en una de tantas mesas de La Valenciana, en la esquina de Brasil y González Obregón, con decenas de envases vacíos y unos cuantos llenos, vimos a lo lejos una robusta figura angélica. Pasó, parece que tomó asiento, fumó con elegancia, desapareció.

Ahora son diez años desde que Álvaro Quijano quiso irse. El mal cardíaco fue un pretexto. El soplo de Dios fue suspendido sobre su nariz y boca. La vida, la muerte; parece dar lo mismo. Una sola letra separa a *emet* de *met*. Igual que *Adam* y *adamá*. Polvo y vida, soplo y muerte.

Un *uruguayo* emérito fue arrancado de nuestro corazón. Somos la misma vida, semejante edad, igual desgracia.

Sin saberlo nosotros, sin saberlo él —pues ese conocimiento nos está vedado en toda circunstancia—, Álvaro Quijano fue un *saddic*: silencioso, parco, bello. Hoy está dormido. El mundo sigue descansando sobre su ancha espalda.

Septiembre de 04